

ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA

1. INTRODUCCIÓN

Las preguntas más fundamentales de la existencia no son ajenas a ningún hombre. Todos nos las hemos hecho alguna vez: ¿Quién soy? ¿Qué es el ser humano? ¿Cuál es el sentido de nuestra existencia sobre la tierra?

Las distintas antropologías y en general las visiones que están presentes en el mundo, aunque enfoquen al hombre de modos distintos y a veces opuestos tienen una cosa en común que las caracteriza: la prescindencia o negación de su trascendencia, reduciendo así al hombre a una parte de su ser, tratando de agotar su misterio.

2. EL HAMBRE DE DIOS Y NUESTRA SITUACIÓN DE CONTINGENCIA

Ahora bien, cuando empezamos a ahondar en nuestra situación concreta, hay un dato fundamental con el cual nos tropezamos pronto: **el anhelo de infinito**. Nuestra experiencia personal nos hace presentir, de manera clara aunque misteriosa, que sólo una grandeza ilimitada es capaz de llenar las profundidades de nuestro ser. Sólo la plenitud total es capaz de satisfacer nuestro hambre interior. Estamos hechos para algo grande, para realizar en nuestro ser una dignidad inmensurable, y también para hacer cosas grandes, para realizar una misión, una obra destinada a trascender las limitaciones temporales. Todo ser humano percibe en su interior una especie de vacío interior de hambre de lo infinito, de un vacío que sólo algo o alguien infinito podría llenar.

Pero en nosotros no encontramos solamente ese hambre de infinito sino que también encontramos que esta aspiración se halla en buena medida traicionada. Percibimos el anhelo de vivir una grandeza infinita y nos encontramos muchas veces con nuestras propias limitaciones, con una fuerte experiencia de **contingencia**. Nos descubrimos incapaces de darle a nuestra existencia cotidiana la grandeza que percibimos oculta en todas las pequeñas circunstancias que se nos presentan a cada momento. La experiencia de ser, de existir, pero que hubiésemos podido no ser; el no ser necesarios. El descubrir grandes aspiraciones pero no poder saciarlas plenamente. Así pues, la experiencia de todo ser humano es, en primera instancia, doble: de una verdadera hambre de lo infinito y de la experiencia de no poder realizarlo plenamente, al menos aquí y ahora.

Esto es algo misterioso. Y es que el ser humano es un misterio, un misterio profundo e insondable, pero no por ello debemos renunciar al reto de ir desvelándolo, de ir profundizando en él, de ayudar a nuestros aconsejados a que se vayan respondiendo a esas preguntas de las que hablábamos al inicio. Debemos ir alentándolo constantemente a que ahonde en su propia realidad personal con la conciencia de que no la podrá agotar totalmente, pero de que es un

deber para entenderse a sí mismo y responderse, y para poder comprender y ayudar a los demás.

3. SOMOS UNA UNIDAD BIO PSICO ESPIRITUAL:

Así pues se debe volver la mirada sobre sí mismo para ir descubriendo quién soy. Y lo primero con lo que nos encontramos al hacerlo es con nuestra **realidad corporal**. Tenemos un cuerpo, una dimensión biológica, que es un medio para entrar en contacto con el mundo y con los demás, y para expresar nuestra interioridad.

Sin embargo esa realidad corporal no agota mi persona. No me puedo reducir a mi dimensión biológica. Mi cuerpo ha venido cambiando a lo largo de los años, y sin embargo puedo decir que yo sigo siendo, fundamentalmente, la misma persona. Hay una realidad más honda en mí, que me hace ser yo mismo, y que no se agota en mi realidad corporal.

Buscando un poco más dentro de mi persona, descubro también una **dimensión psicológica**, un mundo emocional, sentimientos, pensamientos, que son también parte de mi persona. Se trata de mi realidad psíquica. Sin embargo tampoco estas realidades como los sentimientos o los pensamientos agotan todo el misterio de mi ser. Hay algo más. Mis sentimientos cambian, al igual que mis ideas o mis opiniones, pero yo sigo siendo el mismo. Hay un yo íntimo, que es el que piensa, el que siente, el que camina, el que habla, que permanece, que no cambia, aunque todo lo otro cambie

Se trata de una tercera dimensión de mi persona, una dimensión fundamental, la dimensión espiritual, en donde radica mi yo más íntimo, lo más profundo de mí, que se expresa a través de mi cuerpo, de mis sentimientos y pensamientos, pero que es el núcleo de mi persona. Mi **mismidad**.

Somos pues una unidad bio-psico-espiritual. Unidad porque, aunque teniendo tres dimensiones, ellas se interrelacionan íntimamente, de tal manera que yo soy una sola persona. Cada dimensión influye una a la otra.

Pero hay una jerarquía. El cuerpo está regido por la psiqué y ésta por el espíritu.

Todo esto que hemos venido hablando es fruto del contacto con uno mismo y es en esta experiencia personal en la que iremos educando a nuestros aconsejados, en que paulatinamente vayan teniendo mayor conciencia de sí mismos, de su yo interior y profundo.

Además de esta realidad (de la unidad bio-psico-espiritual), existen datos que la Revelación nos da sobre el hombre. Éstos nos iluminarán y guiarán en el conocimiento y profundización de la persona.

La reflexión sobre Dios nos remite una vez más a nuestra propia realidad: ¿Quiénes somos a la luz del don misterioso que hemos recibido en la creación? ¿Cuál es mi relación con Dios? ¿Qué significa éste hambre de infinito que descubro en mí, y que me lanza a la comunión? ¿Por qué y para qué me ha creado Dios?

4. LA NATURALEZA DEL HOMBRE, CREADO A IMAGEN Y SEMEJANZA

Lo primero que descubro es que Dios me ha creado con una naturaleza determinada. Con mi naturaleza humana, común a todos los demás seres humanos, pero también con todas las características individuales que Dios me ha dado como don particular. Esa huella única e irrepetible que es mi mismidad encierra el tesoro de mi dignidad: es la manera particular e irrepetible en que Dios ha querido que yo exprese su imagen y semejanza.

Es necesario ahora preguntarnos acerca de la naturaleza de ese don particular que es nuestra existencia particular. ¿Cuál es la naturaleza con que Dios nos ha creado? ¿Qué significa —en el designio divino que se manifiesta en el acto creador— ser persona humana?

a) Dinamismos fundamentales de permanencia y despliegue

El primer dato acerca de este don de nuestra naturaleza humana se refiere a la realidad que ya hemos constatado cuando nos referíamos a los hambres y anhelos que emanan de lo más profundo de nuestro ser. A la luz de la Revelación, podemos percibir, con mayor claridad que se trata de los **dinamismos fundamentales y complementarios** de permanencia y despliegue. Estos dinamismos, presentes en nuestra mismidad, tienen su fundamento en la Trinidad. Participamos de ellos precisamente porque somos imagen y semejanza de Dios, porque Dios nos ha creado a imagen y semejanza suya. Por eso, al igual que en la Trinidad, en nosotros se trata de dos dinamismos complementarios y no opuestos.

Dios que es y permanece siendo, crea al ser humano dándole el ser e invitándolo a **permanecer siendo**. Invita al hombre a asumir su propia identidad, su realidad óntica. La raíz más profunda del ser humano se encuentra en ese dinamismo que análogamente, a **imagen de Dios**, es acto de permanecer siendo lo que es.

Dios que es Amor, hizo al ser humano semejante a Sí, capaz de amar desde su libertad. El hombre encuentra un dinamismo que libre y conscientemente asumido lo lleva a realizarse en la **semejanza**. Ese dinamismo se caracteriza por la apertura al otro al que el Papa Juan Pablo II va a llamar «la entrega sincera de sí mismo a los demás»; implica un **despliegue** que manifiesta al ser humano como es en sus cuatro relaciones fundamentales. El hombre está sellado con la Imagen de Dios y su dinamismo, invitado a manifestarse plenamente en el amor, desplegándose dinámicamente en lo que es hacia la realización del Plan de Dios.

Análogamente a las Personas de la Trinidad, nosotros alcanzamos la auténtica permanencia, saliendo de nosotros mismos en un impulso dinámico de entrega que nos conduce a la realización en la comunión. La permanencia y el despliegue del hombre sólo se realizan en la participación del amor difusivo de Dios.

b) Las necesidades de seguridad y significación

Los dinamismos fundamentales se traducen en un plano psicológico y moral como necesidades de seguridad y significación. La necesidad de **seguridad** del hombre se manifiesta en el deseo de ser amado; no se refiere sólo a un nivel afectivo, sino a una seguridad a todo nivel. Implica también, el enfrentar de manera positiva la vida (estar bien de salud, tener lo bienes materiales necesarios para vivir, etc.), a la luz del Plan de Dios, desprendiéndonos de temores y miedos.

Pero todas las seguridades humanas válidas, encuentran su último fundamento en la seguridad del hombre en Dios. Este plano se relaciona con la permanencia.

La necesidad de **significación** es la necesidad de dar sentido y orientación a la propia existencia y de encontrar una recta valoración. Se relaciona con el despliegue. El sentido de la vida de todo ser humano es el Amor. El hombre busca orientar su existencia y esa orientación sólo es correcta cuando se dirige hacia el Tú divino y al «tú» humano.

5. SER PARA EL AMOR Y EL ENCUENTRO

Habiendo sido creados por la Trinidad, comunión divina de amor, llevamos el sello de esa comunión en lo más hondo de nuestro ser. Esto significa que la permanencia y el despliegue son dinamismos precisamente porque tienden hacia la comunión, porque están en una constante tensión dinámica que nos lanza hacia el encuentro personal en que se realiza esa comunión. Es el encuentro fundamental del que nos habla el Apocalipsis: *«Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo»*.

Pero “el hombre, que es la única criatura en la tierra que Dios ha amado por sí misma, no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo”. El amor de Dios al hombre no sólo posibilita el encuentro con uno mismo. En ese mismo ámbito se hacen fecundos y realizadores los encuentros con los demás seres humanos, al descubrir que el encuentro plenificador con Dios nos ubica de lleno en la dinámica del encuentro *reverente* y nos lanza a la entrega generosa a los otros, a la solidaridad y al servicio. El encuentro con el otro es la verificación de la vida verdadera. Sólo el que vive el amor vive de verdad.

6. EL PECADO Y LA LECTURA ERRADA DE LOS DINAMISMOS FUNDAMENTALES

Hasta ahora estuvimos reflexionando acerca del hombre bajo la perspectiva de su ser como creado a imagen y semejanza de Dios y todo lo que ello. Pero nuestra experiencia vital nos revela que esa realización en el amor no se da del todo en nuestras vidas. ¿Por qué?

Nos dice la Sagrada Escritura que «por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte». La respuesta aunque parezca simplista no lo es, implica un asunto muy delicado: la propia libertad del ser humano, que llamado a participar de la misma vida de Dios y realizarse como persona humana, haciendo mal uso de ella, elige construir su vida de espaldas a Dios. Esa elección tiene un nombre específico: PECADO.

La elección por el pecado entonces fue sin duda un mal uso de la libertad humana, y al pecar, el hombre se *encaminó opuestamente* a la dirección de sus dinamismos fundamentales, pues creado por el amor, al romper con el Amor mismo, ha entrado en la tierra de la desemejanza, de la anti-vida, del anti-amor. Las rupturas que afectan al ser humano –y lo alejan de Dios–, lo mantiene alienado de lo profundo de sí mismo y del recto sentido de sus dinamismos fundamentales, debilitando el ejercicio de su libertad y oscureciendo su entendimiento; cerrado sobre sí sin abrirse al encuentro de los hermanos humanos; sin poder relacionarse debidamente con las realidades terrenas creadas para él antes del pecado.

La ruptura del pecado ha introducido en el hombre un *desequilibrio* que crea un grave obstáculo en la decodificación de los dinamismos fundamentales; las necesidades de seguridad y significación leen esos dinamismos *bajo el filtro del pecado* y lo traducen bajo las concupiscencias del tener, poder y poseer-placer. El poder es la inclinación desordenada por lograr dominio sobre otras personas y la realidad en general, es una afirmación de su seguridad en la manipulación y en manejo de los demás; el tener es la búsqueda desordenada de los bienes temporales, es la búsqueda de la seguridad en lo perecedero; y el poseer-placer, es el deseo desordenado por la propia complacencia y comodidad, la búsqueda del propio placer.

7. LA RECONCILIACIÓN DEL SEÑOR JESÚS

Ante la situación de ruptura, Dios siempre fiel al hombre, no lo abandona a su propia suerte y envía a su mismo Hijo para que podamos volver a la comunión. En el Señor Jesús, Dios y el hombre vuelven a encontrarse en el Amor. Esta reconciliación se realiza en nuestra historia por medio de la anunciación-encarnación, vida, muerte y resurrección del Señor Jesús.

La manifestación del Verbo encarnado es a la vez la manifestación del propio hombre: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado». El horizonte del hombre entonces se abre al mirar al Señor Jesús; en Él puede descubrir su identidad más profunda. El Hijo de Dios al hacerse Hijo de María, eleva la condición humana y abre las puertas de la filiación divina, así el hombre puede nuevamente desplegarse rectamente según el Plan de Dios, iluminado por la realidad paradigmática del Señor Jesús que pasó toda su vida en una generosa entrega de sí mismo hacia los demás, en primer lugar hacia el Padre y luego hacia los hermanos humanos.

Ante las concupiscencias del Tener, Poder y Poseer-Placer, el Señor con su vida nos muestra el camino correcto y pleno. Ante la tentación del Tener el Señor nos enseña a vivir la solidaridad, la comunicación de bienes y el recto uso de los bienes temporales; ante el Poder, nos muestra el camino de la obediencia y del servicio; y ante el poseer-placer, la castidad y pureza de afectos e intenciones.